



Chinganas santiaguinas de antaño

Por JOSE ZAPIOLA

Este ameno escritor que vivió en los días de nuestra Independencia, entre otras, recuerda las chinganas de ña Rutal y la otra de ña Teresa Plaza. Esta última era más prestigiada y la que sobrevivió a las demás. En sus primeros tiempos, estaba situada en una callejuela intermedia entre El Tajamar y La Cañada, un poco al oriente del puente de Purísima. Allí estaba el Parral, que tal era el nombre de esta famosa chingana, cuya reputación había traspasado los Andes.

No se crea que las chinganas de esa época eran sitios deplorables: a ellas iba, de preferencia, la gente bien y no era, por ningún concepto, denigrante visitarlas.

Zapiola cuenta que habiendo conocido, entre los años 1824 y 1825, a un joven, que era un famoso cantante argentino, éste solía repetirle:

—Tengo ganas de ir a Chile para bailar una zamba en el Parral.

En esos tiempos se bailaba la zamba como ahora se baila la raspa. Este argentino, que había sido antiguo oficial cívico, estimaba como su más valioso blasón haber sido comensal en casa de doña Javiera Carrera, al custodiarla en su prisión en Buenos Aires.

Las chinganas de 1820 correspondían, más o menos, a las boites de ahora; allí se daba cita la gente alegre que quería pasar un momento de solaz.

El Parral tomaba su nombre de un pequeño parrón, bajo el cual se efectuaban los bailes, principal atractivo de esa chingana. No se usaba, en esos tiempos, un tablادillo o prosenio para que bailaran las parejas. Entonces

la concurrencia, cada vez que se iba a bailar, rodeaba a los bailarines para poder verlos.

Las chinganas tienen su exacto equivalente actual en las quintas de recreo; los bailes se hacían al aire libre, por cuyo motivo funcionaban sólo en verano.

Insiste Zapiola en manifestar que a estos sitios asistía gente de tono.

Las chinganas se extendieron en tal forma, a través de distintos barrios, que hubo un ministro que las reglamentó.

En 1831, después de diez años, más o menos, de funcionamiento bastante mediocre de estos establecimientos, el ambiente se remozó con la llegada a Santiago de las famosas Petorquinas que, por el entusiasmo con que Zapiola las describe, parece que su presentación ante el público de Santiago produjo verdadera expectación. Deben haber sido graciosas y muy llenas de intención en el decir.

Es fama que después de la presentación y éxito de las Petorquinas, Santiago se cubrió de chinganas y en la Alameda, desde San Diego hasta San Lázaro y en la calle Duarte, en sus primeras cuadras, era rara la casa que no estuviera ocupada por uno de estos negocios.

Las Petorquinas eran tres y debutaron bajo los parrones de los Baños de Gómez, en la calle Duarte. Las familias más notables de Santiago eran atraídas ahí, no sólo por la decencia con que se expedían, sino también por la perfección y novedad de su canto.